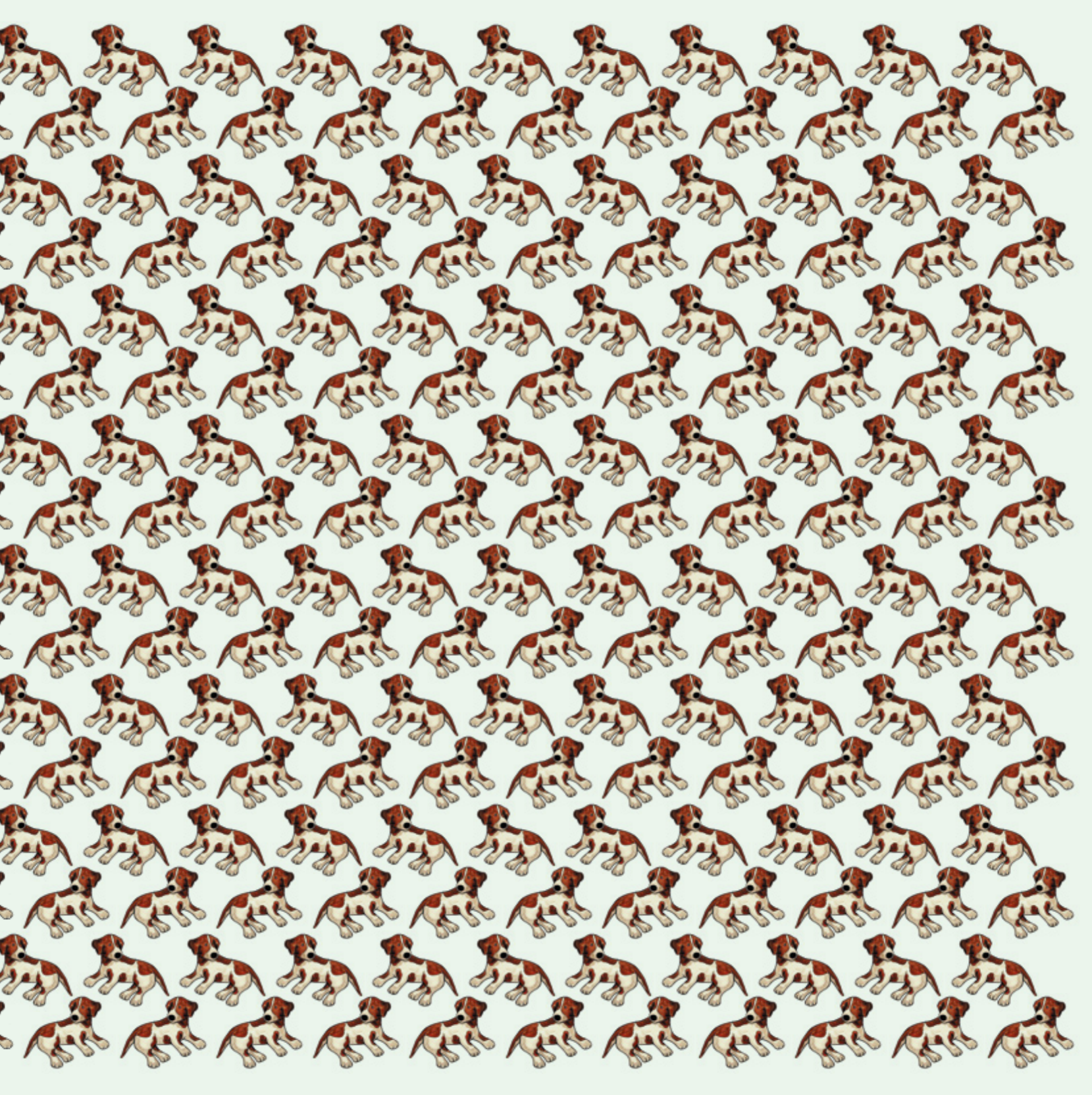




Tarzán,

un perro de película

Autor: Jordi Raül Verdú

Ilustraciones: Sergi Olcina



Reservats tots els drets.

No es permet cap forma de reproducció, distribució, comunicació pública o transformació d'aquesta obra sense el permís previ i per escrit dels propietaris del *copyright*, tret de les excepcions previstes per la llei.

PRIMERA EDICIÓ

Setembre, 2021

© del text: Jordi Raül Verdú

© de les il·lustracions: Sergi Olcina

© D'AQUESTA EDICIÓ: Reclam Editorial

www.reclameditorial.com

info@reclameditorial.com

Disseny de la col·lecció: Reclam Editorial

Revisió lingüística: Jordi Giménez Ferrer

Imprés a: Set & Set Impressors

Depòsit legal: V-2563-2019

ISBN: 978-84-16920-64-8

Dedico la presente biografía animal a todos los habitantes del pueblo de Aspe, por su respeto, simpatía y cariño al protagonista Tarzán.

Merecen especial atención las siguientes personas, gracias a las cuales he conocido la maravillosa historia de Tarzán y he sabido lo que necesitaba saber para darle forma y reconstruir la vida de este fantástico y apreciado perro. Sin ellos, Tarzán, un perro de película, no hubiera nacido.

- Miguel Ángel Andúgar
- Carmen Almodóvar
- Carlos Aznar
- Gonzalo Martínez
- Antonio San Roque
- Gracia Torres



ESCRIT ALCALDE



Hace unos sesenta años ya, o sea, más de medio siglo, que se dice muy pronto, en la población alicantina de Aspe, situada en el corazón de la provincia de Alicante, tuvo lugar un acontecimiento que conmovió a los habitantes de esta localidad de la comarca del Medio Vinalopó, y que hoy por hoy todavía despierta simpatías y entenece a cualquiera que lo conoce, sea del pueblo o no.

La historia fue protagonizada por un grupo de niños del lugar y, principalmente, por un animal excepcional, que nació en unas circunstancias muy especiales y que tuvo la suerte de encontrarse con gente tan extraordinaria como él.

Hay que remontarse a los años sesenta, cuando los más jóvenes, que juegan un papel muy importante en este relato, y el héroe incuestionable, Tarzán (un perro mestizo paticorto, muy parecido a la raza beagle), vivieron los hechos reales que aquí se narran.

Como ha pasado tanto tiempo desde que sucedieron, he intentado ser lo más fiel posible a las declaraciones que me han llegado a través, sobre todo, de los testigos con los que me he entrevistado. Todos ellos me han parecido muy coherentes y fidedignos en cuanto a los recuerdos que aún tienen de la vida de este singular, entrañable y tan querido perro.

En la actualidad, llama la atención observar que la figura de Tarzán está en la memoria de cualquier vecino de Aspe, tenga la edad que tenga. Es como si estuviera vivo de verdad, cosa que de una forma u otra así es. Por este motivo, pienso que nadie mejor que él podría contar su vida. De esta manera te meterás más fácilmente dentro de su piel y sabrás verdaderamente lo que sentía y las cosas que le pasaron a lo largo de toda su existencia.

Así que, sin más preámbulos, le paso la pluma a Tarzán, para que relate su fascinante vida que, como dice el título, es de película.

EL DESPERTAR A LA VIDA

Recuerdo que veía una claridad intermitente y que cada vez me sentía más ancho dentro de la barriga de mi madre. Mis hermanos, uno tras otro, iban saliendo hacia afuera, atraídos por esa luz que los absorbía y que los hacía desaparecer al mismo tiempo. Yo fui uno de los últimos en abandonar el vientre calentito y acogedor de mi madre, y aún no he olvidado la sensación de frío espantosa y el resplandor cegador que me recibieron, y eso que tenía los ojos cerrados.



Desde el primer momento del nacimiento, mi madre empezó a lamernos a todos, para limpiarnos y dejarnos impresa su embriagadora huella, un aroma agradable y reconfortante que siempre me ha acompañado.

Al principio no veía nada, y no porque fuera de noche, sino porque aún no podía abrir los párpados. No recuerdo cuánto tiempo estuve dejándome llevar solo por el olfato y por el tacto para saciar mi apetito.

Sí sé que cuando tenía hambre, olía el ambiente y con el morro no tardaba demasiado en detectar alguna tetilla de mi madre para satisfacerme. ¡Qué buena estaba! ¡La encontraba dulce como la miel! Era como si bebiera horchata o leche merengada. Nunca tenía bastante. Solo de pensarlo se me hace la boca agua.

¡Ay, qué poco me duró la dicha! Pronto perdí el calorcito de mi madre, el sabor de su leche, la ternura de sus lametones y caricias, sus cuidados y amorosa compañía... También se me privó demasiado pronto y para siempre del contacto de mis hermanitos, con quienes dormía y jugaba.



y temblorosa. A partir de este momento, mi vida sufrió un descalabro que me marcó hasta el último día de mi existencia.

Aquella persona, por no decir aquel monstruo o mala bestia, le hizo un nudo al saco, se lo echó a la espalda y salió del corral. La pobre de mi madre nos seguía a cierta distancia, llorando y suplicando que no se nos llevara, pero fue completamente inútil. El raptor despiadado se agachó, cogió una piedra grande y se la arrojó, haciendo diana en una de sus nalgas. No he olvidado el grito desgarrador que lanzó mi madre, que no era precisamente de dolor físico. Era un lamento penetrante que le salió del alma y que hacía llorar a las piedras. Era la voz de una perturbadora despedida, el adiós para siempre, porque ya nunca más volví a saber nada de ella.

LA CRUELDAD DEL HOMBRE DEL SACO

El hombre del saco nos llevaba, a mis hermanos y a mí, a golpes y trompicones. Recuerdo las sacudidas y los revolcones que recibíamos dentro del costal y, sobre todo, los gritos de dolor y de miedo de todos nosotros. Aquel castigo era espantoso, y no presagiaba nada bueno.





Después de un largo rato desde que salimos del corral, el hombre por fin se detuvo y dejó caer el saco en el suelo, haciendo que todos nosotros rebotásemos y chocáramos los unos contra los otros. Habíamos ido a parar a la zona de la Rafica, a orillas del río Tarafa, el afluente del río Vinalopó, que pasa por la población de Aspe.

El cruel individuo, que nos raptó del calor de nuestra madre y nos llevó hasta allí a trompicones, sin ningún tipo de lástima ni remordimiento, abrió el saco y, uno tras otro, nos fue arrojando a todos dentro de una acequia llena de agua con la intención de conducirnos a una muerte segura.

Me viene a la memoria el contacto helado del agua y, sobre todo, los gritos, llantos y lamentos desoladores y escalofriantes de mis hermanos, mezclados con los míos propios. Caímos al fondo de la acequia y quedamos amontonados unos sobre otros. El azar quiso que yo quedase encima de todos ellos. Gemíamos, llorábamos, suplicábamos ayuda. Ninguno de nosotros quería morir. Poco después, me sorprendió el silencio de mis hermanos, y mis aullidos de auxilio se hicieron más agudos y desesperados. Ahora sabía que estaba solo en el mundo y que mi vida pendía de un hilo, un hilo tan fino que en cualquier instante se podía romper.

Aquel momento, grabado a fuego en mi memoria, forjó mi carácter y marcó el resto de la historia de mi vida.

MIS ÁNGELES DE LA GUARDA

Aquella tarde parecía una tarde normal, como cualquier otra de primavera, con un sol radiante y una temperatura que ya empezaba a calentar. Un grupo de amigos, que no tenían mucho más de una decena de años, charlaban de sus cosas y buscaban en qué distraerse y pasar el rato. Iban a dar una vuelta por el sendero del río Tarafa, lugar habitual de sus correrías y aventuras.

—Propongo que nos hagamos una cabaña, ahora que hace buen tiempo y el río está casi seco.

—A mí me gustaría que fuéramos a coger alguna rana o algún pez a las pozas donde todavía queda agua.

—¿No os apetecería ver alguna película más de Tarzán, como la de *Tarzán en Nueva York* que vimos hace poco? Seguro que nos encantaría a todos...

Mientras yo vivía los momentos más angustiosos de mi corta existencia, ellos, hambrientos de vivencias, caminaban a orillas del cauce del río, desde el Hondo de las Fuentes hasta el Puente del Baño.

Hoy en día este enclave natural forma parte del Parque Urbano del Río Tarafa de Aspe, un sitio acogedor que invita al paseo y a la contemplación. Un paraje rodeado de olmos, tarayes y cañaverales, que con el canto melódico y seductor de los mirlos, los verdicillos y los ruiseñores le da aún más belleza y encanto al lugar.



A punto de abandonarme y de correr la misma suerte que mis hermanos, soltando mis últimos lamentos y gritos de auxilio, oí a los zagales hablar y reírse de manera alocada. Cuando llegaron cerca de la cascada de la Rafica, donde me encontraba agonizante, de repente uno de ellos gritó:

—¿Oís?

Los otros niños pronto me oyeron también:

—¡Parece que haya un animal llorando!

—¡Suenan por la acequia!

Con prisas y carreras oí cómo la chiquillería se acercaba hacia mí, cada vez más agitada.

Gritos de espanto, sorpresa e indignación salieron de la boca de los niños que acudieron a mi rescate. Por desgracia, llegaron tarde para mis hermanos.

—¡Uy, qué animalico más bonito! —gritó Vicente, el primero de mis rescatadores.

La admiración fue unánime:

—¡Déjame, que yo también lo quiero tener en brazos!

—Ahora me toca a mí. ¡Pásamelo!

—¡Yo ni tan siquiera lo he tocado! ¡No seáis tan egoístas!

Aún recuerdo la delicadeza con la que me cogió una niña y me acercó a su cuerpo para darme calor. Yo temblaba como una hoja, y no solo de frío, sino, sobre todo, del miedo que había pasado.

Encantados por haberme encontrado, se peleaban por cogerme y poderme acariciar. Lo hacían con una ternura infinita, que me hizo temblar más aún, pero de felicidad. Con qué dulzura me tocaban con sus deditos, qué caritas ponían y cómo me consolaban con palabras bonitas.



En un abrir y cerrar de ojos no solo se habían convertido en mis salvadores, sino también en mis defensores y padres adoptivos.

—Le tendremos que poner un nombre.

—Claro, no vamos a llamarle "Perrico".

—Por cierto, ¿qué es, macho o hembra?

—Macho, es un macho, porque tiene *pitico*.

La pandilla de amigos estaba entusiasmada y nerviosa, y todos tenían ganas de llevarme a su casa.

Uno de ellos, Paco, les dijo, sonriendo y convencido de que iba a gustar su propuesta:

—Yo ya tengo un nombre para él. Si os parece bien, se lo ponemos.

—Dinos, dinos, ¿qué has elegido? —le preguntaron curiosos.

—¿Os acordáis de la película que vimos en el huerto de Tomás Calpena no hace mucho, que nos gustó a todos tanto?

—¿La de *Tarzán en Nueva York*?

—¡Sí, esa, esa! Pues, he pensado que le podríamos poner de nombre "Tarzán". Es un nombre fuerte y con carácter, como el cachorro, ¿qué os parece?

Todos reaccionaron al unísono y con entusiasmo, y les pareció bien, pero que muy bien, el nombre de Tarzán.

Curiosamente, en ese mismo día conocí las dos caras del ser humano, la más bárbara y malvada, y la más bondadosa y bonita. Una contradicción que no solo me hizo apreciar a todos los niños de por vida, sino también a aquellas personas con las que me he encontrado a lo largo de mi existencia, que han sido, la mayoría, la antítesis del hombre del saco.



PRIMEROS DÍAS CON LOS HUMANOS



Entonces, comenzaron los planes para mi adopción.

—Si a mí me dejan quedármelo, les diré que a partir de ahora me lo comeré todo, y no me quejaré de nada.

—Yo les juraré y perjuraré que estudiaré mucho y sacaré buenas notas.

—En mi caso, ayudaré en casa y haré todo lo que me manden, sin rechistar.

Todos querían quedarse conmigo, pero una cosa era lo que ellos deseaban y otra bien distinta era lo que sus respectivos padres y madres dijeron.

—¿Aquí un perro? ¡Ni lo sueñes! ¡Menuda obligación!

—No tengo ganas de ver pelos por todas partes! Llévatelo de aquí antes que lo vea tu padre.

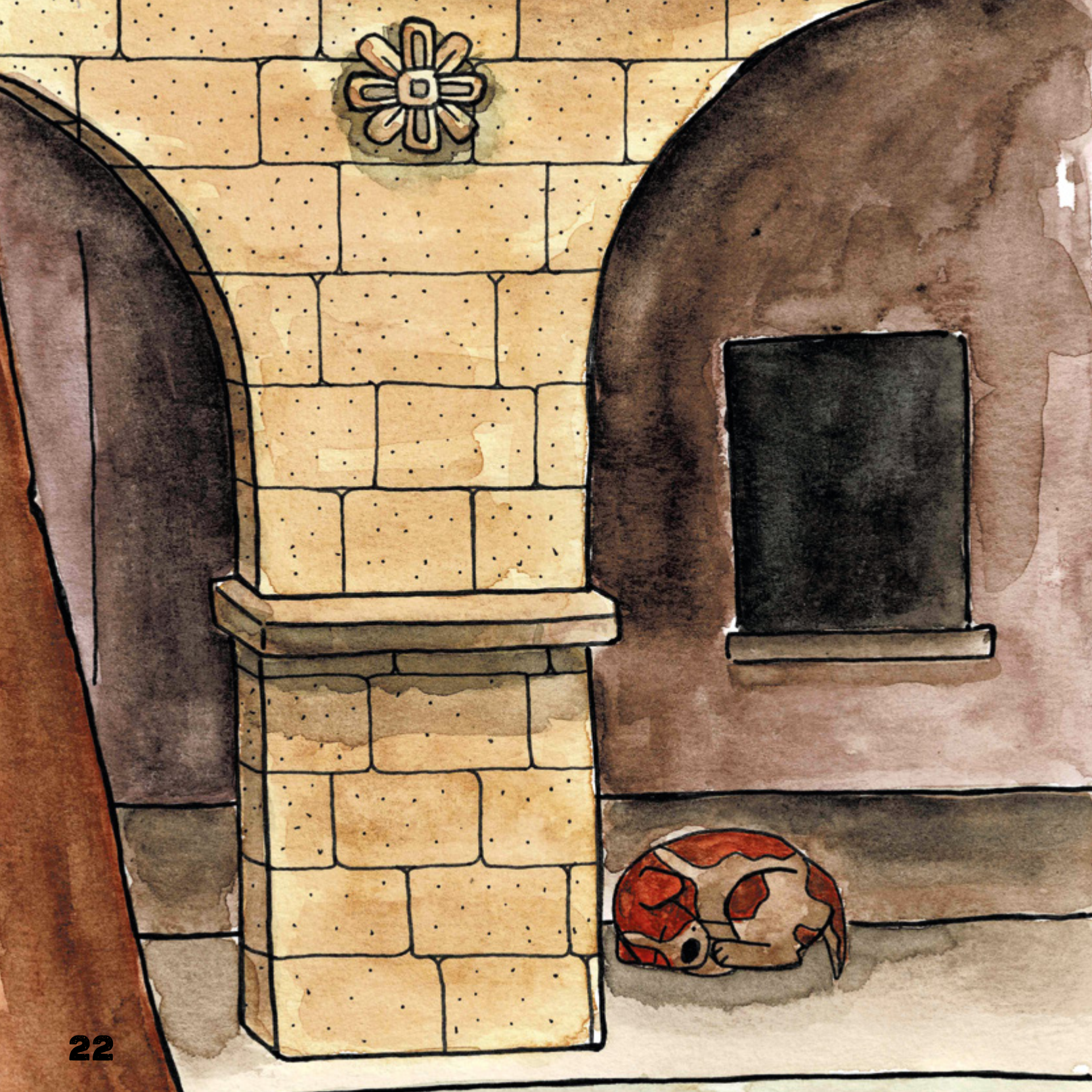
—¿Un animal en casa? ¡Ni pensarlo, con el trabajo que dan cuando crecen! Ahora de pequeños, además, lo roen y lo ensucian todo.

Gracias que en la tienda de ultramarinos La Santica, cerca de la Plaza Mayor de Aspe, se apiadaron aquella primera noche de mí, cuando el hijo más pequeño de los propietarios, Paco, me llevó. Enseguida me pusieron un platito con leche, que no tenía nada que ver con el sabor dulce y sabroso de la de mi madre, pero que agradecí enormemente porque estaba hambriento.

Aquella primera noche en compañía humana fue una noche muy triste, y no porque no me trataron bien, que sí lo hicieron, sino porque no dormí ni con mi madre ni con mis hermanos, lo que ya no haría nunca más. Pero, acurrucado y abrazado por mi nuevo amigo y salvador, me dormí como un recién nacido.

Sin embargo, no me dejaron quedar demasiado tiempo, porque los dueños del establecimiento decían que no estaba bien visto que hubiera un perro en una tienda de comida.





Los primeros días de cachorrito fui recibiendo, de mano en mano, tanto el alimento como la ternura y el afecto que tanto necesitaba. La verdad es que no tengo ninguna queja y guardo un gran recuerdo de cómo me trataron absolutamente todos. No sé qué hubiera sido de mí sin la bondad, la caridad y el cariño de los habitantes de Aspe.

Cuando quienes estaban pendientes de mí vieron que ya estaba un poco más crecido, me dejaron dentro de una caja de cartón, en el alcorque de un platanero de indias, delante de la iglesia. Era el centro de la población, la Plaza Mayor, que sigue siendo hoy en día lugar de encuentro, de festividades y de paseo.

Yo siempre buscaba las zonas infantiles de juego. La Plaza Mayor era una de ellas; el Parque, la otra.

Si algún día hacía frío, demasiado calor o llovía, me refugiaba debajo de la lonja (donde estaba el Ayuntamiento histórico), a los pies de algún banco o me acostaba entre los arbustos que hacían de seto alrededor de toda la Plaza Mayor.

Me sentía un auténtico privilegiado porque disfrutaba de espacio y libertad. Todo el pueblo era mi casa. ¡Una gran mansión!

Además, bien por unos o por otros, la cuestión es que no había día que me quedara sin comer. Tengo que reconocer que me mimaban bastante, sobre todo porque me daban muchos dulces, lo cual siempre hacía que moviera la cola de alegría y que me lamiera el morro.

Todos cuidaban de mí y yo me sentía agradecido y el perro más afortunado del mundo. Ahora tenía una gran familia. El pueblo entero lo era.

DEVOCIÓN LITÚRGICA CANINA

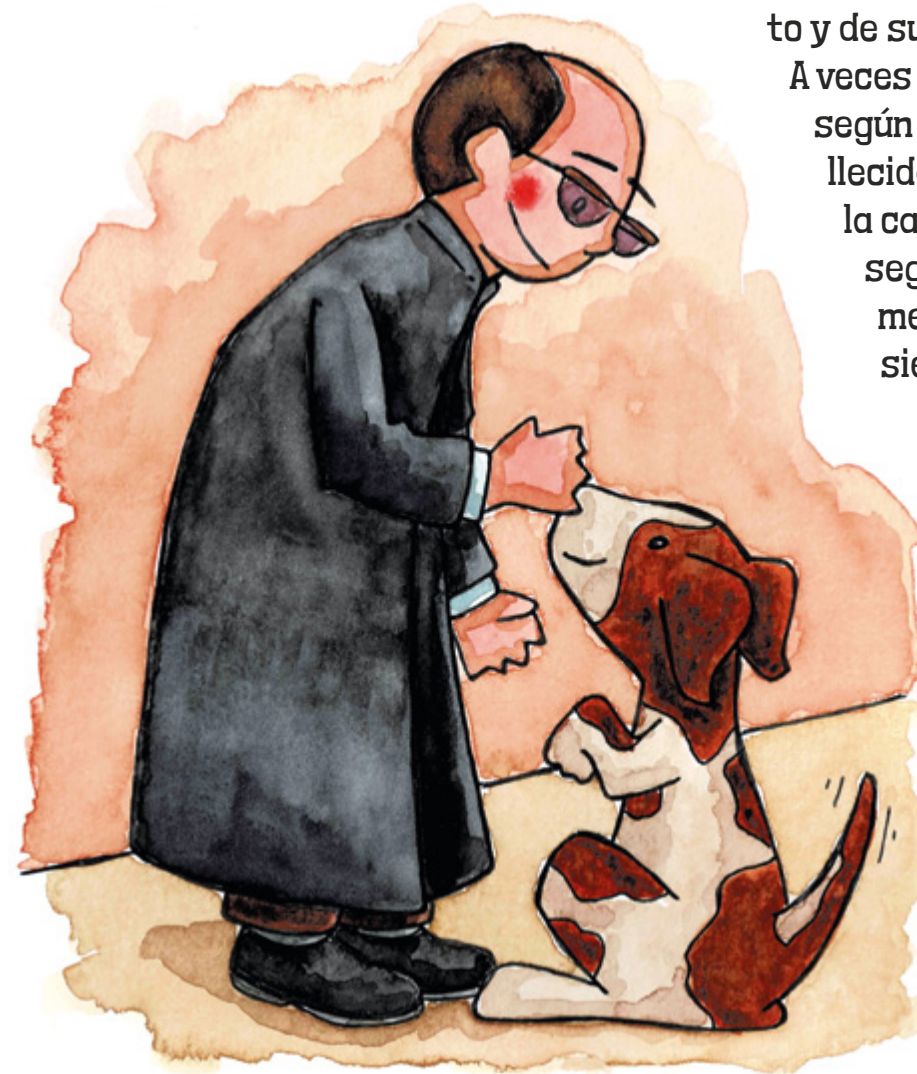
De hecho, vivía en el hogar de todos, en pleno centro del pueblo, en mi caja-casa y, además, frente a la iglesia. Había perdido a mi familia, pero me sentía protegido, acompañado y rodeado de niños y de adultos que me querían mucho.



Qué trajín había siempre a mi alrededor, especialmente los domingos, los días festivos y cuando tenía lugar algún acto excepcional como algún bautizo, comunión, boda o entierro. Yo me apuntaba a un bombardeo y, al final, siempre acababa empachado de comida.

Incluso asistía a los entierros. Me ponía en la primera bancada de la iglesia, muy cerca del difunto y de sus seres queridos, como uno más.

A veces oficiaban varios curas el sepelio, según la importancia de la persona fallecida, y llegaba la comitiva al final de la calle Mayor o a la Cruz de Orihuela. Yo seguía a los familiares hasta el cementerio y, cuando todo terminaba, siempre había alguien que, agradecido por mi presencia, me acariciaba y me daba algo para comer, que yo recibía muy feliz y contento.



Los eventos que más me gustaban eran las comuniones y las bodas, porque siempre había niños que jugaban conmigo, me agasajaban y se ocupaban de que no me faltara qué comer, incluso dulces y chucherías, que yo engullía con ansia y placer inmensos.

A las bodas en concreto les tenía especial predilección. Me encantaban porque todo el mundo iba muy bien vestido, y desprendía un aroma tan bueno... Las novias me tenían hechizado, con esos velos y vestidos tan elegantes, largos y bonitos. Me gustaba ponerme a su lado, porque el ambiente que respiraba me hacía sentir tan distinguido como los novios, aunque yo fuera en cueros, que es como siempre voy, claro. También debo reconocer mi entusiasmo cuando el fotógrafo de la ceremonia nos retrataba, y eso que el flash de la cámara me dejaba deslumbrado durante un buen rato y casi no veía nada.



Como me encontraba tan a gusto con la gente y la iglesia siempre estaba llena a rebosar, disfrutaba quedándome a los diferentes actos religiosos, en compañía de los que asistían. No es que yo fuera beato, sino que allí recibía mucho cariño por parte de los asistentes, y eso me encantaba y hacía que pareciera tan devoto.

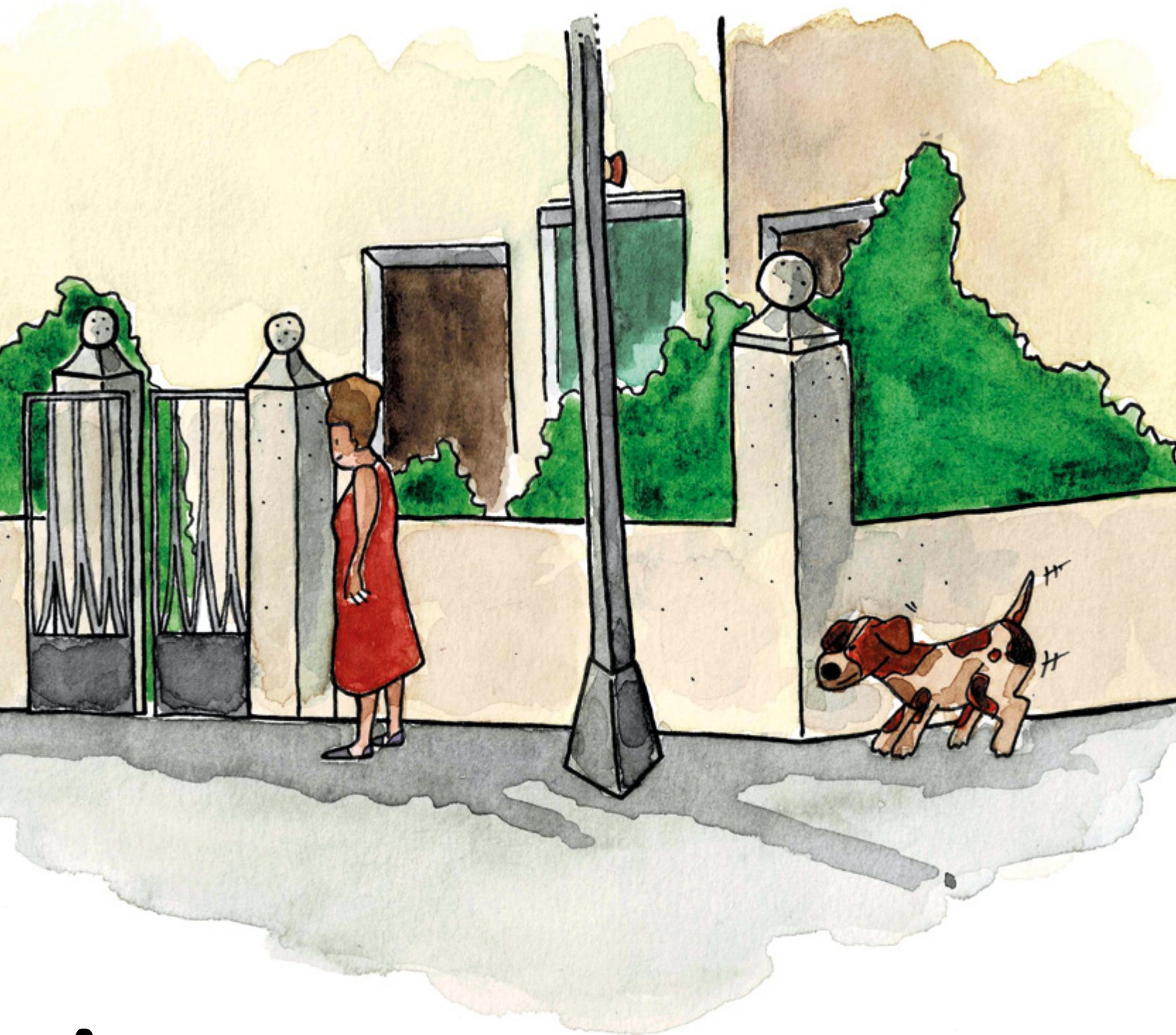
El hecho de que no molestara, porque no ladraba ni iba por dentro de la iglesia merodeando de un lugar a otro, hacía que el señor cura, don Antonio, me consintiera asistir a los actos religiosos. Y no solo eso, también dejaba que me sentara a la derecha del presbiterio, en mi lugar favorito: un banco largo y cómodo al lado de la epístola. Era de terciopelo granate, pero yo, por ser perro y no distinguir ni el rojo ni el naranja, lo veía de color pardo.

Estoy seguro de que le caía bien al cura, y que él agradecía mi compañía, porque no le importaba que le dejara un puñado de pelos donde me apoltronaba encogido para dormitar. No me lanzó ninguna mala mirada ni me hizo ningún reproche jamás. Ahora, también tengo claro que, si hubiera molestado a alguien, en un santiamén me hubiera echado de la iglesia. Era un hombre recto, justo y comprensivo, y también muy tolerante conmigo, lo que siempre le agradecí.

A la iglesia no iba ningún otro perro. Yo era el único animal que gozaba del favor de don Antonio y, por tanto, que podía permitirme el lujo de entrar o salir cuando quisiera.

Qué casualidad que al cura le llamaran como a san Antonio, conocido por su amor a los animales.





EL HOGAR DE CARMEN

Un vecino del pueblo, cuando iba sin su mujer a misa, tenía la costumbre de sentarse en el mismo banco acolchado que lo hacía yo, a mi lado. Tantas, tantas veces coincidimos que al final nos hicimos amigos. Él siempre me decía cosas bonitas y me acariciaba el lomo, y yo le comunicaba mi satisfacción moviendo la cola como un péndulo.

Un día, al salir de la iglesia, lo acompañé hasta su casa. A través de una puerta lateral accedí a un patio interior donde, para sorpresa mía, había cuatro niñas jugando.

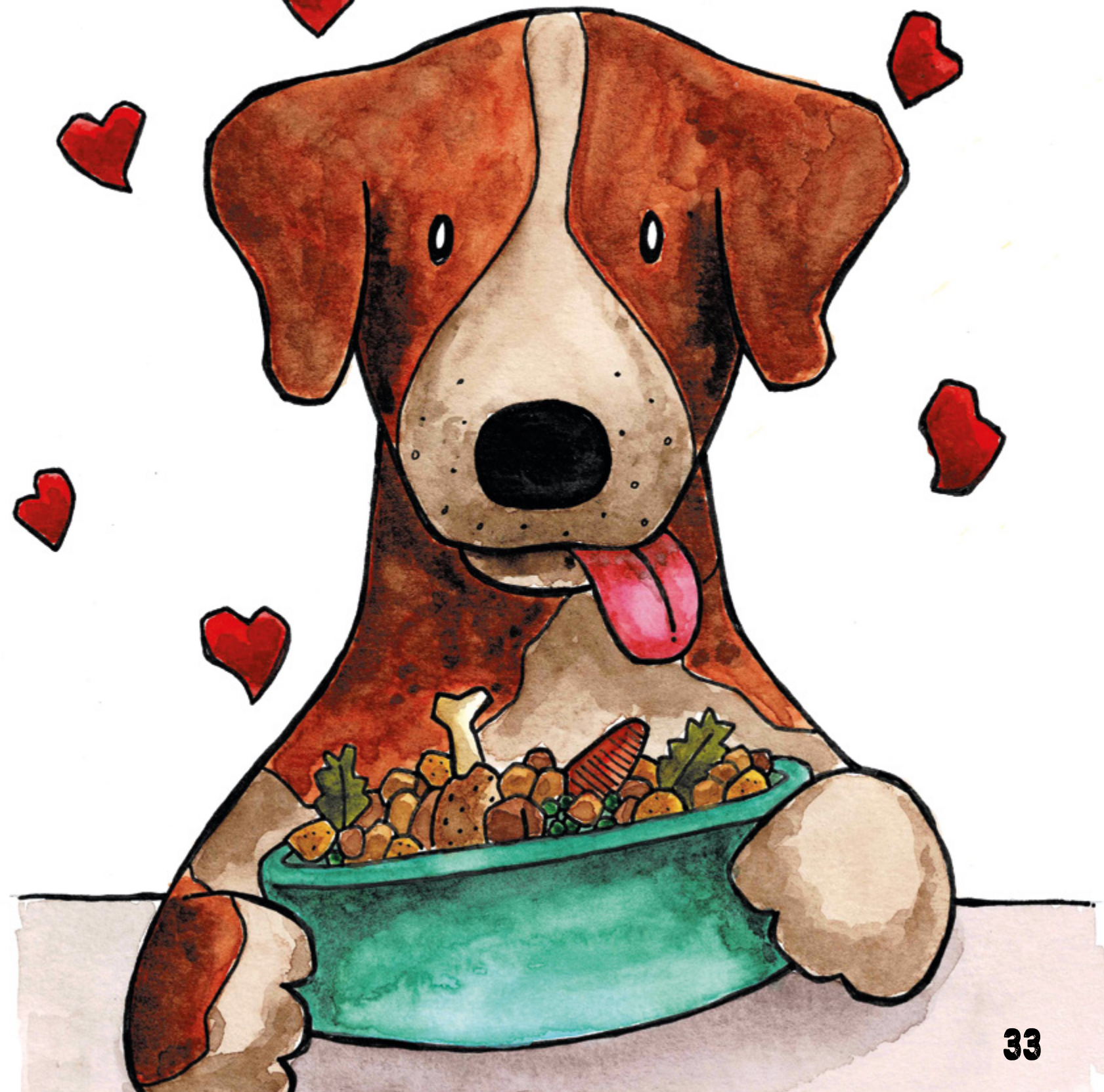
—Es Tarzán —les dijo a sus hijas, que enseguida vinieron a mi encuentro a saludarme.



Tras recibirme, tres de ellas, las más mayores, continuaron con su juego, pero la más pequeña de todas, Carmen, nada más verme, se convirtió en mi amiga inseparable. Iba detrás de mí en todo momento y me abrazaba y acariciaba como si fuera su peluche, cosa que me encantaba, sinceramente. Para mí ella era especial, bien porque era la más pequeña de todas las hermanas y la veía más vulnerable, o bien porque recibía más cariño de ella que de las demás.

Aquel día, aquel hombre, aquella casa y aquella niña, cambiaron mi vida en un santiamén. Ya no tenía que volver a mi caja de dormir porque ahora tenía una casa de verdad, la de mi nueva familia. Una casa que no podían llevarse los barrenderos como tantas veces me había sucedido cuando limpiaban la plaza. Un hogar al abrigo del cariño y protegido de las inclemencias del tiempo.

Vivir en una casa implicó para mí un cambio como del cielo a la tierra, y supuso que hiciera, por fin, mi sueño realidad.



Otro cambio que trajo mi nueva vida fue el de mi alimentación. Se acabó comer a cualquier hora y dulces sin control. La comida era buena y saludable y con un horario, igual que para toda la familia.

Como la casa de los padres de Carmen, Alfredo y Antonia, tenía un patio interior grande, muchos amigos de la niña acudían allí regularmente a jugar, y yo me divertía mucho con ellos.

Recuerdo el nombre de una decena de los más asiduos a esas alegres tardes: Toñi, M^a José, M^a del Mar, M^a Asunción, Merche, Carmen M^a, Luisito, Manuel, Luis y Alberto. ¡Qué divertidos eran todos! Siempre estaban jugando y nunca tenían bastante, como yo, que no había día que no me quedara con ganas de más.



Aunque normalmente me trataban como si fuera una mascota, yo me sentía como si fuera uno más del grupo. Qué bien me lo pasaba y qué contento estaba compartiendo con ellos amistad, juegos, cariño y felicidad, porque ciertamente yo era tan importante para ellos como ellos lo eran para mí.



Aún así, mi vida rutinaria continuó siendo la misma de antes. Es decir, seguía yendo a la Plaza Mayor y al Parque a reencontrarme con la gente y, en especial, con los niños del pueblo. Y, por supuesto, asistía igualmente a los actos religiosos que tenían lugar en la iglesia. De hecho, cada día, cuando sonaban las campanas del campanario para anunciar la primera misa, la del alba, a las 7:30 de la mañana, me ponía a ladrar insistentemente. Pretendía despertar a mi familia y que pronto me abrieran la puerta para así poder hacer de las mías por los alrededores del pueblo, jugar con los niños o asistir a alguna ceremonia.

Fui muy feliz en aquella casa. Sin embargo, sucedió algo inesperado, que fue determinante para que abandonara el que hasta ahora había sido mi verdadero hogar.

Un fatídico día le regalaron al padre de Carmen, Alfredo, un cachorro de perro pastor alemán. Él, pensando que esto me haría gracia a mí porque tendría a alguien de mi especie con quien jugar, lo que propició fue que me marchara de su casa tan pronto como lo vi.

Sin duda quiso complacerme, pero consiguió el efecto contrario. No solo me sentí desplazado, sino, lo que es peor, amenazado. Mi instinto de protección me decía que lo más seguro es que con la cría de perro vendría también la madre, y ésta no iría con miramientos conmigo y me atacaría sin piedad.

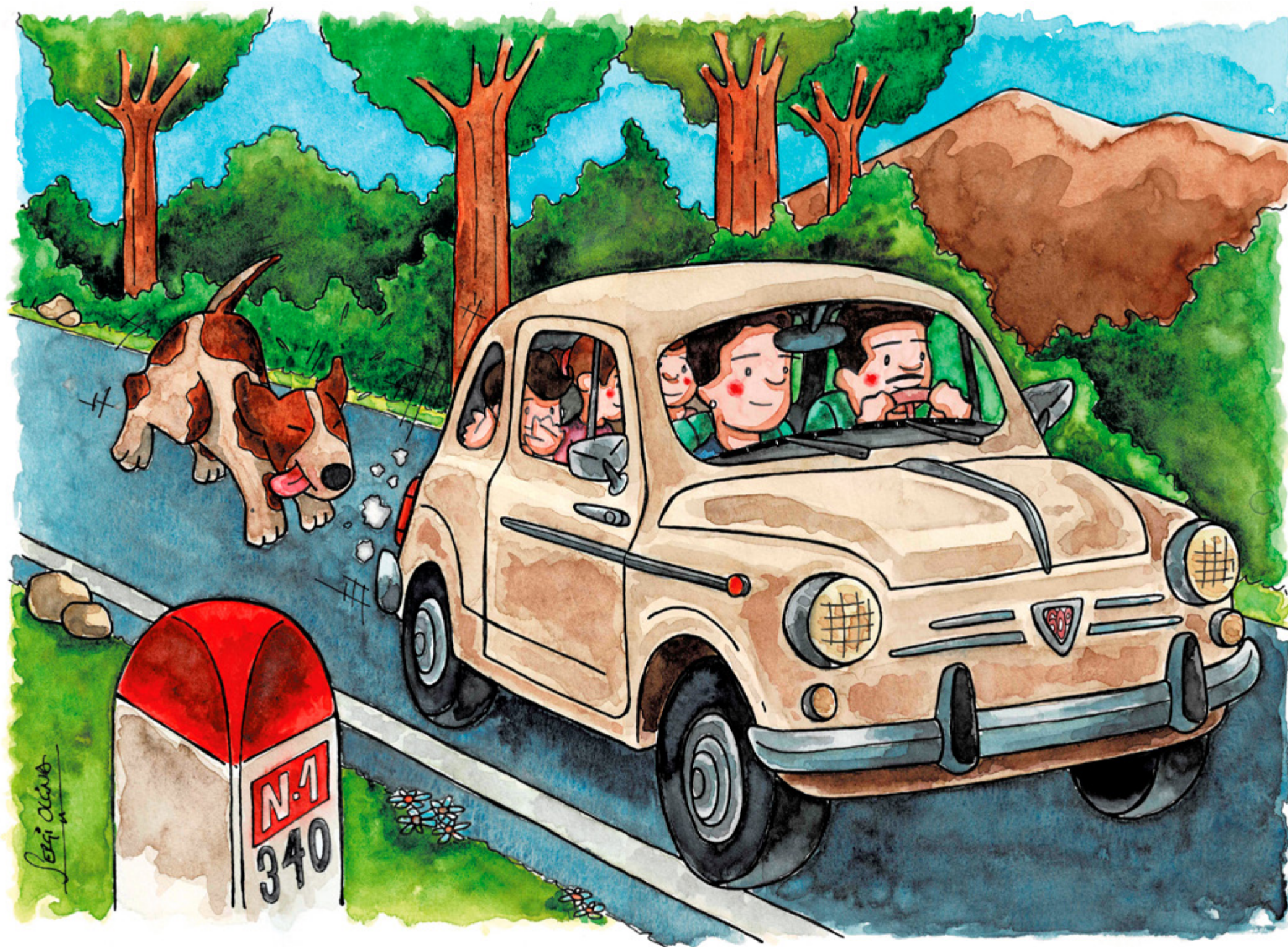
Cuando la madre de Carmen, Antonia, vio que me iba, tiró detrás de mí suplicándome que volviera. Corriendo, corriendo, llegamos los dos a la estatua del Sagrado Corazón de Jesús. Allí me detuve y la miré fijamente, quería que supiera que me iba de su casa para no volver nunca más. Ella, con los ojos llorosos, me pidió que no lo hiciera, porque yo era, para ella y su familia, mucho más importante que lo pudiera ser el cachorro recién llegado. Aunque la creí, elegí ponerme a salvo y sacrificar mi confort.

EL CARIÑO INCONDICIONAL DE LA GENTE

De camino hacia mi primera casa, la Plaza Mayor y la caja de cartón frente a la iglesia, me vino a la mente un recuerdo de la familia que acababa de abandonar y que lo decía todo respecto al afecto que me tenía.

Fue un día que se iba toda la familia a la playa en su coche Seat 600 a rebosar, con Carmen, sus tres hermanas, Alfredo y Antonia. Nada más arrancar el vehículo y salir de casa, viendo la alegría y el entusiasmo que tenían todos, quise seguirlos para pasarlo bien con ellos. No quería quedarme en casa y estar todo el día esperándolos, solo y aburrido como una ostra.

Cuando el auto partió, salí tras él, haciendo lo imposible por alcanzarlo, con la lengua fuera porque por muy deprisa que yo corriera se me escapaba. Al cabo de unos minutos, pensando ya en abandonar mi persecución, porque jadeaba y el corazón estaba a punto de estallarme, se dieron cuenta de que los seguía. Enseguida se detuvieron y, a Carmen, que iba sentada frente al copiloto, a los pies de su madre, la pasaron detrás con las hermanas, y yo ocupé su lugar.





Esta era la estima que me tenían, algo que no he olvidado nunca y de lo que estaré eternamente agradecido, porque me dieron en todo momento mucho cariño e hicieron que me sintiera muy feliz, como un miembro más de la familia.

Los niños me mostraban constantemente su simpatía y ternura, porque siempre estaban llamándome, abrazándome, acariciándome y jugando conmigo. Había quien me subía a caballo y todo. En ocasiones, cuando estaba acostado en el suelo, les hacía de almohada y apoyaban la cabeza sobre mi barriga. A veces, me daba la impresión que en lugar de un perro era más bien un muñeco. También había quien me tiraba de las orejas o me levantaba el morro para verme los colmillos y los dientes. A mí, sinceramente, nada de esto me molestaba, todo lo contrario, estrechaba cada vez más mis lazos de amistad con ellos, y hacía que estuviéramos más compenetrados.

El hecho de estar constantemente en compañía de la gente, de no haber mordido nunca a nadie y de integrarme en todo el pueblo de Aspe, me convirtió, desde el primer momento, en un perro mimado y consentido, lo reconozco.



También es verdad que yo hacía todo lo posible para integrarme con los habitantes y la sociedad aspense, y participaba en muchos de sus celebraciones, lo cual me permitían, aunque fuera un perro. En las procesiones, por ejemplo, solía ir delante, al lado del monaguillo que llevaba la cruz. En cambio, en la del Corpus Cristi, era el cura quien presidía, bajo palio, con la custodia entre las manos y rodeado de cuatro monaguillos. Yo me quedaba a su lado, oliendo su sotana de vez en cuando y siguiendo su paso. Además de intuir que en esa ocasión era él quien representaba la autoridad, le tenía mucho respeto.



La gente del pueblo confiaba en mí y me permitía hacer muchas cosas que para otro perro resultarían impensables. La más increíble de ellas era en fiestas, cuando Luis, el nieto de Teófilo el Carretillero, conocido por Tófilo en el pueblo, me cogía los cohetes que yo llevaba en la boca y se los pasaba a su abuelo. Este hombre, que era el pirotécnico del pueblo, llevaba una carretilla donde había un palo con una rueda giratoria llena de cohetes. Con el miedo que nuestra especie tiene a los petardos, esto resultaba difícil de creer, pero así era. Allí estaba yo, en la brecha, sin asustarme y, además, echándoles una mano.

Más que los petardos o cohetes, me molestaba, por ejemplo, que los chicos importunaran a las chicas cuando éstas estaban jugando en la Plaza Mayor o en el Parque. Yo, que en ocasiones estaba reposando debajo de un banco, cuando oía que ellas se quejaban y gritaban, me levantaba de un salto y ladraba a los chicos para que desistieran de fastidiarlas. Ellos, al final, claudicaban, y las dejaban en paz. Aun así, no me lo reprochaban ni se metían conmigo, porque en el fondo no causaba miedo a nadie.

Una de las cosas que más me asustaba era cuando la emprendían a pedradas los unos con los otros, como si de una auténtica batalla campal se tratara. Me trastornaban tanto que ladraba a los dos bandos, riñéndoles y deseando que pararan la pelea, porque cada vez se desenfrenaban más. Me metía en la línea de fuego para poner orden, y en más de una ocasión faltó un pelo para que recibiera una pedrada de rebote.

En contraposición a esto, me encantaba cuando decidían lavarme. Era gracioso ver como los niños se arremangaban y me metían debajo de una de las cuatro fuentes de la Plaza Mayor. Uno me pasaba el jabón por todo el cuerpo, y cinco o seis manitas se encargaban de ir frotando aquí y allá. Después, con una botella de agua, haciendo de ducha, me quitaban el jabón que me quedaba. Ésta era la parte que más me gustaba porque, acto seguido, me sacudía el agua y les devolvía el baño yo a todos. Para ellos era un juego y, para mí, un auténtico deleite.





EL LACERO

Cuando pienso en el hombre del saco, mi memoria se difumina, porque tenía solo horas de vida, no me atrevería a decir días, y no me acuerdo demasiado de él, aunque no he olvidado lo que nos hizo a mi madre, a mis hermanos y a mí. En cambio, cuando me viene a la mente el hombre del lazo, el lacero, sí que lo tengo bien vivo en mi cabeza y recuerdo el trato que me propinó y lo que pretendía llevar a cabo.

Una mañana en que dormitaba plácidamente en mi caja de cartón porque la plaza estaba bien sosegada, apareció un hombre malcarado. Llevaba en la mano una extraña herramienta: un palo largo con un lazo de alambre en la punta. No lo conocía de nada, no lo había visto nunca, y acostumbrado a las personas como estaba, no hui cuando se me acercó. No me imaginaba las malas pulgas que tenía y, ni mucho menos, sus perversas intenciones.

Aprovechando mi confianza y docilidad, pasó disimuladamente por mi lado y, cuando me tuvo a tiro, me metió el lazo en el cuello, pegó un tirón y, dejándome sin aliento, empezó a arrastrarme.

—¡No, ese perro no! —gritaba una mujer que pasaba por delante de la puerta de la iglesia.

—Señora, está sin vacunar y, por lo tanto, puede morder a alguien y contagiarle la rabia —replicó el verdugo.

—¡Es Tarzán, no te lo lleses, que ese perro es nuestro, de todo el pueblo! —gritó un hombre, al tiempo que corría hacia la escuela.

Cuando este vecino llegó al colegio, se puso a vociferar a todos los niños que en aquellos momentos estaban en clase:

—¡El lacero, el de la perrera, ha cogido a Tarzán!

Como una exhalación, se levantaron todos los alumnos al mismo tiempo y, ante la estupefacción de sus maestros que no pudieron hacer nada para contenerlos, echaron a correr en estampida a mi rescate, de camino hacia el matadero. Allí era donde estaba la perrera municipal y donde iban a llevarme para más tarde sacrificarme.

A la altura del Puente del Baño, los niños divisaron al lacero, que seguía arrastrándome, a pesar de que yo continuaba resistiéndome y retrocediendo.

Cuando llegaron cerca del puente, pasó algo impensable para mí. Armados con piedras, pedruscos y palos, y más enfadados que una mona, los niños empezaron a lanzar al lacero sus proyectiles, al mismo tiempo que lo insultaban, como si se tratara de una auténtica revuelta.

En un principio me asusté, porque las piedras siempre me han dado mucho respeto. Poco después, al comprender que me estaban defendiendo, sentí una inmensa alegría de ver la respuesta de los niños, pero, al mismo tiempo, miedo por si me pegaban a mí.



El lacero, ante el vigoroso e inesperado ataque, no le quedó otra que huir y soltarme, porque veía que la munición que le arrojaban cada vez le amenazaba más. Se sentía acorralado y veía, además, que la furia y la indignación de mis jóvenes defensores iban en aumento.

Casualmente, este hecho tuvo lugar no muy lejos de la Rafica, el lugar donde me abandonaron cuando era un cachorrito.

Con el fin de que esto no se volviera a repetir, los niños del pueblo hicieron una manifestación delante del Ayuntamiento en mi favor, para que no me mataran. Como sabían que esto podía pasar si no me vacunaban, hicieron una recolecta de dinero para la vacuna. Además, el alcalde, enterado de lo que me había pasado, se comprometió los años siguientes a costear mi vacunación.

La rebelión de los niños, y la reacción de la gente de Aspe y de su alcalde, demostraron una vez más el cariño que me tenían todos.





MI ADIÓS

Los años fueron pasando y, como todo el mundo, fui haciéndome viejo y perdiendo facultades.

Un día tuve una alegría muy grande porque me encontré con Carmen, que me llamó insistentemente, contenta de volver a verme. Se me acercó y me abrazó y besó, con las lágrimas en los ojos, probablemente porque se dio cuenta de mi deteriorado estado de salud, que dejaba mucho que desear, y le di mucha pena. Sin duda advirtió que apenas tenía olfato y que ya estaba medio ciego.

Aquel encuentro con Carmen fue el último. Ya no volvió a acariciarme ni a abrazarme nunca más, y no porque no me quisiera, sino porque al cabo de unos días pasó lo inevitable. Caminando por delante del mercado, buscando algo que comer, me arrolló un camión en la que entonces era la carretera de Alicante. No lo vi venir, ni lo olí ni lo oí tampoco, porque la mayoría de mis sentidos fallaban, y cuando quise huir ya era demasiado tarde.

Ese mismo día le comunicaron mi muerte a Alfredo, el padre de Carmen. Se lo dijeron porque sabían la relación que había tenido su familia conmigo. Él se lo ocultó a su hija para no hacerla sufrir y, discretamente, me enterró en un lugar que nunca reveló a nadie, ni siquiera a Carmen cuando se hizo más mayor.

Tan en secreto lo mantuvo Alfredo que, incluso hoy en día, la mayor parte de la gente desconoce dónde y de qué manera desaparecí. De hecho, algunos piensan que, como era tan viejo y sabía que iba a morirme, después de un entierro de los que solía acompañar, me esfumé misteriosamente sin dejar rastro. Y por esa razón, ya nadie me vio nunca más.

A mí, más que un camión, fue la diabetes la que me mató, además de provocarme la ceguera. Probablemente esa consecuencia tuvo que ver con el hecho de haber comido tantos dulces a lo largo de mi vida.

Viví, como mucho, unos diez años, entre 1960 y 1970, y puedo lanzar las campanas al vuelo y gritar con todas mis fuerzas que fui inmensamente feliz y un perro muy querido y afortunado.

ALFREDO KRAUS

El cantante y tenor lírico Alfredo Kraus, que vino a Aspe en varias ocasiones, fue minante para que la historia de mi vida y la relación con los habitantes de la población que me acogió, no cayeran en el olvido y pasaran de generación en generación.

La primera vez que apareció por la localidad Kraus, en 1962, no me conocí pero sí lo hice cuando volvió al cabo de cuatro años, en 1966, por las fiestas del Recuerdo que él estaba en un bar, jugando al dominó, y llamé su atención por el caso que me hacían todos los que estaban jugando con él, como si yo fuera uno o un habitante más del pueblo.



En este 1966, Kraus y yo coincidimos en varios lugares públicos y, sobre todo, en casa de Carmen, porque él era amigo de su padre, que se llamaba, además, como él, Alfredo, como bien sabes. Esta amistad hizo que Alfredo Kraus visitara en varias ocasiones Aspe y viera a su amigo y, por tanto, a mí también merodeando por allí.

El tenor vino por última vez a la localidad el 21 de septiembre de 1998, para inaugurar el Auditorio Municipal que a partir de ese día llevaría su nombre, gracias a una iniciativa ciudadana que el Ayuntamiento aplaudió.

Curiosamente, en aquella jornada de tanto protagonismo y gloria para el invitado de honor, Alfredo Kraus me dedicó unas palabras de reconocimiento ante la multitud que lo admiraba y aplaudía. Con el buen recuerdo que tenía mío, de casi treinta años, y la admiración y el cariño que veía que la gente me había dispensado y que todavía demostraba tenerme, le propuso al alcalde: "Qué bonito sería que Aspe le dedicara un recuerdo, un monumento, una placa, una calle, una plaza..., cualquier cosa, a un perro que le dicen Tarzán".

Y mira por dónde, junto al teatro Wagner, en un lateral del Auditorio Municipal Alfredo Kraus, me hicieron una escultura, por lo que estaré infinitamente agradecido al cantante. Es gracias en gran parte a él que mi recuerdo aún permanece vivo y en la memoria de muchos aspenses.

El 28 de julio de 1999 el pleno del Ayuntamiento adoptó el acuerdo de nombrar Alfredo Kraus Hijo Adoptivo de Aspe. ¡Qué honor tan grande compartir el mismo espacio con él! Un lugar lleno de vida por la música y la gente que viene a escucharla. Allí, su nombre y mi estatua me recuerdan la fortuna que tuve al caer en manos de los habitantes de Aspe. Tanta, tanta suerte, que viví una vida de película.



Para rematar y perpetuar mi leyenda, en el año 2016 el Ayuntamiento tuvo la original idea de ponerle al Parque Canino mi nombre. ¿Qué más puedo pedir? Solo espero que los perros que acuden allí todos los días no me tengan celos ni malicia y me vean como un perro ejemplar, un perro que supo ganarse el respeto y la admiración de los habitantes de esta acogedora y agradecida población de Aspe.



A mediados del siglo pasado, las condiciones de vida de los perros eran muy diferentes a las de ahora. Vivían más al aire libre y no tan encerrados en las casas, conforme pasa en la actualidad. Estaban, en definitiva, más en contacto con la naturaleza. De hecho, como la mayoría de las casas estaban abiertas, entraban y salían a su antojo y vivían más sueltos.

En aquellos tiempos no había métodos para esterilizar los animales, por lo que los propietarios de las hembras se deshacían de las crías de cualquier manera. En ocasiones, como le ocurrió al protagonista del presente relato, de forma salvaje y cruel.

Era otra época, donde la vacuna que solían recibir era la antirrábica; no existían piensos; y la gente los alimentaba con la comida que se cocinaba en las casas o con las sobras. Además, en los pueblos no había protectoras de animales, y muy pocos de ellos recibían los cuidados de un veterinario. La mayoría de los perros vagabundos solían sacrificarse.

Afortunadamente, hoy en día se tiene una conciencia mucho más ecológica, existen las sociedades protectoras de animales y plantas, se respetan más los derechos de los seres vivos, se potencia la adopción y se tiene, en general, más respeto a la vida.

Tarzán fue muy afortunado por ser como era y de toparse con quien se topó. Además, como era, sobre todo, un perro muy inteligente y especial, sobrevivió para dar a los humanos muchas lecciones de vida.

Altres títols				
			